



José Miguel
Santiago Castelo

CONCURSO DE
NARRATIVA ESCOLAR

POEMAS FINALISTAS 2022

HOY
DIARIO DE EXTREMADURA

BBVA

Creando Oportunidades



**José Miguel
Santiago Castelo**

CONCURSO DE
NARRATIVA ESCOLAR

POEMAS FINALISTAS 2022

La presente edición recopila, por recomendación del jurado, los 16 trabajos finalistas de la primera edición del concurso de narrativa escolar Santiago Castelo.

El certamen literario Santiago Castelo está organizado por HOY Extremadura y BBVA a través de la convocatoria de un concurso escolar dirigido a alumnos de 3º y 4º de ESO, para difundir entre los escolares de Extremadura la figura y la obra de este genial escritor y periodista extremeño.

Los concursantes tenían plena libertad para componer, con una extensión máxima de 500 palabras, un texto literario inspirado en uno de los poemas de Santiago Castelo. En la presente edición, los alumnos de secundaria debían tomar como inspiración un poema de su obra original.

Entre todos los trabajos de distintos centros escolares presentados al certamen en el plazo abierto para la admisión de originales, entre noviembre de 2021 y enero de 2022, el jurado seleccionó estos dieciséis trabajos que forman parte de la presente edición.

El fallo del jurado, compuesto por personalidades pertenecientes a BBVA, HOY Extremadura y la Real Academia de Extremadura de las Letras y las Artes, tuvo lugar en la sede de HOY Extremadura el pasado 27 de abril de 2022. En el acta de aquella sesión deliberativa dejaron constancia del interés por la publicación de los trabajos finalistas.

La mano es tierra
y tierra abierta al corazón que late,
tierra es la sangre
y en el rincón callado
del pecho hay tierra como cal hirviente,
tierra la carne tierra
hecha de polvo fiel de Extremadura...

(En la alforja del alma,
firme y dura,
llevo un trozo de tierra
enamorada
para siempre sabercómo es mi
cuna).

José Miguel Santiago Castelo

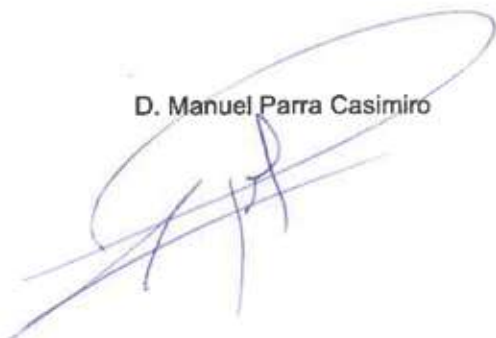
Acta del premio de narrativa escolar Santiago Castelo

Reunidos en Badajoz, en HOY Extremadura, D. Manuel Parra Casimiro -director de Zona BBVA para Extremadura y Huelva-, Dña. María del Mar Lozano Bartolozzi -directora de la Real Academia de Extremadura de las Letras y las Artes- y Dña. Marisa García Carretero, responsable de Fin de Semana de HOY, que actúa como presidente, el Jurado acuerda: conceder por unanimidad el **primer premio al trabajo 'Cenizas del alma', de Isabel Chamorro Castillo; el segundo premio al trabajo 'Emigrantes', de Carlos de Francisco Cañón, y el tercer premio al trabajo 'Recuerdos y sueños', de Carmen Estévez.**

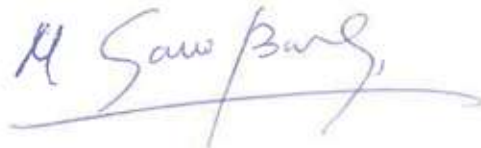
Dada la calidad de los artículos finalistas, el Jurado sugiere su publicación,

Y para que conste, firmamos la presente acta en Badajoz, a 27 de abril del año 2022.

D. Manuel Parra Casimiro



Dña. María del Mar Lozano Bartolozzi



Dña. Marisa García Carretero



Índice

Isabel Chamorro Castillo. Primer premio	15
Carlos de Francisco Cañón. Segundo premio	16
Carmen Estévez. Tercer premio	17
Ana Alegre Luengo	18
Adriadna Bocchi Castellsague	19
Juan Pablo Bonilla Rodríguez	20
Helena Gómez Casañas	21
Beatriz Gómez Moyano	22
Montaña I. Guerrero Puerto	23
Sonia Montero López	24
Patricia Ruth Krassowski Barco	25
Miguel Pallero Molano	26
Yolanda Pérez Sánchez	27
Carla Rey Díaz	28
Marta Rubio Emeterio	29
Andrea Tejada Gómez	30



Poemas finalistas

Isabel Chamorro Castillo
CENIZAS DEL ALMA

Cada vez me resulta más difícil mantener los ojos abiertos. Los médicos lo dejaron claro, no más de 24 horas. Mientras tanto, mi abuelo descansa en una cama, rodeado de cables ya inútiles dado la cercanía de su inminente fallecimiento. Ojalá haberme dado cuenta antes de que aquellos delirios no eran simples despistes, sino indicios de lo que más me temía: Alzheimer. Como mis padres murieron, él se había encargado de criarme. Ahora, que ya no puede contarme sus apasionantes historias, me basta con sentir el áspero tacto de sus arrugas. Puedo notar cómo se me humedecen los ojos aun teniéndolos cerrados. Y repentinamente, varios golpes en la puerta interrumpen mis sollozos:

–¿Señor Mathew? –preguntó una mujer al tiempo que entraba en la habitación–. Me envían desde la funeraria Hannes.

–¡Qué! ¿Cómo puede aparecer usted aquí estando mi abuelo presente? ¡Aún no ha muerto! –repliqué con fuerza.

–Lo-lo siento, no pretendía molestarle– se disculpó temerosamente.

–Márchese por favor –contesté avergonzado casi en un susurro.

La mujer abandonó la habitación. Lo que yo desconocía era que aquella importuna visita le devolvería el aire a mis pulmones. En el suelo, cerca de la puerta, encontré varios terrones de arena mojada que probablemente cayeron de las botas de la intrusa. Ahí fue cuando recordé algo que mi abuelo me contó meses atrás. En los años 60, solamente con lo puesto, emigró a Hannover (Alemania) en busca de una mejor vida lejos de la desangrada España.

Mi abuelo, Pablo Camacho, fue uno de los tantos emigrantes extremeños que siempre añoraron su tierra natal. Recuerdo cómo hablaba en concreto de su pueblo, de Granja de Torrehermosa. Ahora ese granjeño le susurraba a mi interior: «conviérteme en mi tierra».

Tenía que llevarlo a su querida Extremadura, permitirle oler una vez más el aroma de sus calles o escuchar el croreo de las cigüeñas, y dejarlo descansando en su cuna eterna.

Han pasado cinco meses desde su fallecimiento y ahora reposa en una urna. La semana que viene iré a España y cumpliré su última voluntad.

–El viaje ha sido largo, quiero descansar– comenté a la recepcionista de la pensión en la que me alojaba.

Esa misma tarde fui a la torre del pueblo. Comencé a subir las empinadas escaleras hasta llegar al campanario, esquivando el revoloteo de algunas palomas. Hacía mucho viento. Cerré la pequeña puerta de la estancia para que nadie pudiera molestarme. Después, abrí la urna y agarré un puñado de cenizas. Entonces empecé a extenderlas sobre las gigantes campanas creando una fina capa de polvo. Derrotado, regresé a la pensión. A las 8 de la tarde, como cada día, las campanas empezaron a sonar. Al escucharlas me asomé a mi ventana y pude ver cómo salía un humo gris de la hermosa torre. Eran las cenizas desprendiéndose de las campanas.

Ahora mi abuelo volaba y se iba esparciendo poco a poco por todo su querido pueblo y convirtiéndose, como él mismo me dijo, en polvo fiel de Extremadura.



Carlos de Francisco Cañón
EMIGRANTES

Tierra. Sólo tierra. Sólo tierra desde el alba hasta el atardecer. Sólo tierra que cedía perezosamente al contacto del zacho. Tierra que luego poblábamos de semillas. Semillas de las que nacían brotes tímidamente que crecían, regalaban sus frutos y, cumplida su tarea vital, volvían a la tierra de la que surgieron. Y el ciclo volvía a repetirse, como se había repetido desde hacía siglos, desde que estábamos sujetos a esta tierra. Una tierra que formaba parte de nosotros, que nos criaba y que nos reclamaba pasado nuestro tiempo en este mundo. No era nuestra, sin embargo. No eran nuestro el alimento que cada año recogíamos. No era nuestro el fruto bañado en sudor y sufrimiento, en interminables jornadas. Era el amo quien recibía el producto de nuestro trabajo, y quien nos cedía lo que requeríamos para seguir cultivando su campo con nuestro sudor, nuestro sufrimiento y nuestras jornadas, como siempre se había hecho. Hasta que un día, se paró el ciclo.

Después de siglos de esa relación consanguínea, abandonamos el suelo en que nuestros antepasados descansan. Fue la esperanza quien nos arrastró fuera de la tierra, quien nos llevó a buscar una vida diferente. Fue la libertad quien nos llamó con su persuasiva voz, su voz suave y melosa que oíamos por la noche en el jergón justo antes de caer exhaustos, prometiéndonos la vida que Extremadura no podía darnos. Los ahorros de toda una vida nos permitieron responder a esta llamada, y finalmente una fría mañana de noviembre, llegamos al país de los libres: la ciudad.

No fueron fáciles los primeros años: la vida de la ciudad era también despiadada. No tenía compasión con las infinitas masas de inmigrantes sin cultura ni formación alguna que acudían a ella buscando un futuro. Cambiamos la servidumbre rural por la salvaje competitividad urbana. Pero salimos adelante. Al fin y al cabo, si había algo que conocíamos y formaba parte de nosotros era el sacrificarse cada día esperando un cambio. Durante este tiempo nos construimos un nombre. Creamos un legado nuevo que transmitir a nuestra descendencia, que les permitiese no tener que volver a verter su sudor día tras día en el campo para sobrevivir.

Sin embargo, por mucho que huyéramos, por mucho que renunciásemos a lo que habíamos sido desde siempre, no se podía arrancar de raíz nuestra esencia. Cada noche, justo antes de entregarnos al mundo de los sueños, oíamos la llamada de la tierra, esa tierra que formaba parte de nosotros como nosotros de ella. La llamada de la tierra que había en nuestra sangre, que deseaba regresar a su patria, a su legítimo hogar. Nunca dejaríamos de ser tierra, tierra negra y fértil. Tierra de la que brota un tallo, que crece con vigor, produce con su esfuerzo sus frutos y, cumplido el mandato con el que vino al mundo, se hunde de nuevo en la tierra. Y el ciclo vuelve a repetirse, como se ha repetido desde que se sembró la primera semilla.

Carmen Estévez
RECUERDOS Y SUEÑOS

Fuera se deshacen las gotas de rocío al penetrar los rayos de sol en sus entrañas. Dentro se oye el crepitar de las llamas en la chimenea devorando poco a poco la leña que la dehesa me ha regalado. Aquí me encuentro yo, detrás del cristal impoluto de la ventana viendo el mismo paisaje de siempre y que da color a mis recuerdos.

Sí, me gusta recordar y soñar. Esta mañana de finales de febrero resulta ideal tanto para los recuerdos como para los sueños. Recuerdos de una niñez muy lejana en esta casa y en estas tierras. Siempre he vivido en esta casa, siempre acompañada del sonido del agua en los riachuelos, del chapoteo en los charcos que la lluvia deja tras su paso y del crotoreo de las cigüeñas. Pero también del aroma y colorido de las flores del cinamomo en primavera y del balido de las ovejas pastando entre las encinas... y de mis padres y de mis hermanas.

Recuerdos de una adultez junto a mi compañero de vida y de mi hijo. A todos, excepto a mi hijo, me los ha arrebatado el tiempo. Sé que allí desde donde estén me protegen. A mi hijo me lo ha arrebatado la gran urbe, Madrid.

Y recuerdos como no, de la tierra, siempre la tierra, la que nos daba hortalizas para el sustento... y espárragos, bellotas y gurumelos... rociado todo con el sudor de la frente de mis padres. Ahora en mi vejez me gusta, en primavera y verano, tomar un puñado de esa tierra entre mis manos y ver cómo se escapa de ellas empujada por la brisa del viento. En esos momentos miro hacia las nubes y ellas me sonrían.

Ya lo he dicho, también me gusta soñar. Soñar con que mis piernas, a pesar de los años, seguirán aguantando mi cuerpo para poder pasear por mis recuerdos. Soñar que no estaré sola en navidad y en verano porque mi hijo me visitará. Soñar que me mandará un regalo por mi cumpleaños que ha comprado en una de las calles de Madrid. Y seguir y seguir soñando, solo soñar, sin reproches, con memoria dulce como leí en una ocasión que le gustaba cultivar a un poeta de mi tierra. MI TIERRA EXTREMADURA.

Ana Alegre Luengo
MI AMOR, EXTREMADURA

Mi amor,

Como los latidos acompasados de un corazón herido de amor en una noche silenciosa que te recuerda, mi alma te escribe para volver a sentirte y poder recordarte como si aquí mismo te viera.

Cada vez que pienso en hogar, un recuerdo aparece en mi mente fugaz y vivaz como una bala de los antiguos soldados que tus dehesas su sangre vertieron, si cierro los ojos y te imagino puedo sentir como el aire fresco y puro de una mañana de otoño fría de niebla en la llanura sobre mi piel se desliza, escuchando el mugir de las vacas, el ruido del batir de las alas de los buitres por encima de nuestras cabezas.

Está dentro de todos nosotros, corre por nuestras venas como el agua baja por el río Jerte, nuestra sangre de conquistadores como Inés de Suárez, somos artistas como Miguel de Espronceda, poetas como José Miguel Santiago Castelo, somos rebeldes como Matilde Landa Vaz. Belloteros o Mangurrinos, nosotros, como el rey Carlos I de España, elegimos esta tierra para depositar nuestro corazón y orgullosos de llamar hogar.

Y aunque yo no esté aquí contigo sea cuando sea, vaya donde vaya, en la alforja de mi alma te llevo conmigo por siempre, a mi eterna enamorada, mi hogar, mi casa y mi madre, Extremadura.



Ariadna Bocchi Castellsague
MALDITA ANSIEDAD

Él no sabe qué le pasa. Ya hace unos meses que se mira las manos y se las nota frías y temblorosas. Por las noches no duerme, da cabezadas. Tiene demasiado frío y calor a la vez. Una noche se siente excesivamente triste. Un poco más triste si cabe. Y llora y llora tumbado en su frío colchón. Y no sabe por qué, y llora más por no saberlo. La tristeza le cae en forma de lágrimas desde los ojos hasta la almohada, ésta recorre su nariz y mejilla dejando un recordatorio invisible de su dolor.

Le falta el aire. Pero no es el juego de ver quién aguanta más sin respirar. Esto es mucho más peligroso, es puro descontrol. Se toca la garganta y ve que por ahí no va a pasar más oxígeno si no respira. Y no va a poder respirar. Así que acepta su cruel destino. O no tan cruel; piensa él dadas las circunstancias. Cuando lo acepta finalmente siente que sus pulmones vuelven a funcionar, y le cae la enésima lágrima. Pero esta vez de desilusión.

Se toca el corazón e intenta desclavarse la estaca inexistente que tiene ahí. No puede, solo logra acariciar el aire. Da la sensación de que tiempo se ha estropeado durante varios días. Pero no; mira al reloj y han pasado treinta segundos. Siente como la vida dentro de él se esfuma delante de sus narices. Alarga la mano pero no logra retenerla. Observa cómo se va fugazmente. No siente nada, ni dolor ni tristeza. Intenta alegrarse por ya no sentir más tristeza, ni asfixia, ni impotencia. Tampoco puede. Se le ha ido. La vida se le ha escapado sin razón. Ya nada vale la pena. O eso creía él. Camina lentamente hacia la cocina. Coge un cuchillo y seguidamente oye una voz gritando que pare. La oye demasiado tarde.

La ansiedad es peligrosa. Viene sola y se puede ir acompañada.

Juan Pablo Bonilla Rodríguez
LA TIERRA ME HABLABA

¡Hola! Me llamo Saturnino y os voy a contar una historia que me pasó hace una “pechá” de tiempo, con decirte que no había cumplido ni la mayoría de edad.

Para empezar, os voy a contar un poco sobre mí, de cuando me sucedió está historieta. Ahora soy un viejete de ochenta años... Era un mochuelo muy aparente, me llevaba a las mozas siempre a mi terreno, además media mucho para mi edad cosa que a las churris le gusta mucho, pero vamos a dejar de hablar sobre de mí y vamos a empezar a contar la historieta.

Fuese una vez, vamos a empezar así que me sintiere yo mejor. Un mochuelillo de tan solo 15 años, perteneciente de Extremadura, todos los días me iba al campo a trabajar con mis animalicos, mi favorito era mi caballo, se llamaba Cuervo por ser entero negro, todos los días siempre me iba montado en él hacía el Alcornoque del Venero ya que vivía en Casas de Miravete, tardaba unos treinta, cuarenta minutos en llegar y otros treinta y cuarenta minutos en volver, pero se me hacía ameno ya que podía disfrutar de las vistas que eran preciosas. Cada vez que llegaba al árbol era darle un abrazo al él. Sentía una unión muy grande con el árbol, yo le contaba todos los problemas que tenía le decía quién me gustaba, a quién le gustaba, si tenía problemas con los animales y a cambio de que él me escuchase yo le cortaba tos los hierbajos que podría tener a su alrededor que podría hacerle daño. ¡Me parecía muy fuerte que las malas hierbas y el árbol siendo las dos plantas le quisiesen hacer daño! Pero sobre todo los hongos, un día decidí probar unos de esos hongos que tenía el árbol alrededor, pero, ese hongo era tan capullo que me hizo daño, tuve que ir al boticario, que ahora se llaman médicos para que me pudiese sanar, pero oye, una manzanilla y reposo y como nuevo.

Al día siguiente de ponerme bueno decidí otra vez ir al árbol, para verle, pero cuál fue mi impresión de que el árbol estaba muy triste, como si sus hojas, raíces y hasta el terreno donde está me hablase, por eso ese día escogí ir y estar el doble de tiempo, se hizo casi de noche cuando cogí a Cuervo e intente irme, pero cuál fue mi sorpresa de que en el momento en el que me iba a ir una ventisca de viento paso rápidamente, creo que fue el árbol quien lo hizo, él estaba apenado y lo peor es que estaba enfermo, por lo que decidí quedarme a dormir allí con él, pero antes, debía de ir a casa para decírselo a mis padres y que no se asustasen, fui y volví en un santiamén. Al día siguiente me desperté y el árbol lo sentía como nuevo.

Esa noche fue cuando me di cuenta que la naturaleza nos habla. En especial, la de mi Extremadura.

Helena Gómez Casañas
TIERRA EN UN SACO

Dio otro paso más, mientras el calor del sol le cegaba la vista. Los ojos le picaban a causa de la sofocante temperatura. La mochila que llevaba a los hombros parecía pesarle más cada vez que avanzaba aunque fueran unos centímetros.

Sus pasos estables y rígidos empezaban a flaquear por el cansancio mientras que notaba como su boca se secaba, deseando tener en sus manos un poco de agua.

Se quitó la mochila y la abrió, en busca de su cantimplora.

Al abrirla pudo ver unas últimas gotas de agua que relucían bajo el calor del desierto.

Bebió, apurando los últimos resquicios de líquido que tenía, maldiciendo internamente por no haberse acordado a rellenar el agua cuando pudo.

Derrotado, se dejó caer de rodillas sobre la duna en la que estaba, sintiendo como los finos granos de arena se movían bajo su tacto.

Se acordó de aquel saquito con tierra. La tierra de su hogar y hurgó en la mochila en su busca.

Cuando lo encontró, lo pegó a su pecho, echando la cabeza para atrás, mirando al cielo con los ojos cerrados, dando gracias por conservar aún aquel saquito. Lo abrió cuidadosamente, mientras las manos le temblaban por la falta de alimento que había sufrido esos últimos dos días.

Al abrirlo del todo y tocar esa tierra oscura, que contrastaba con el color de la arena de la duna, supo que sería la última vez que tocaría algo de su hogar.

Tras aquella expedición no esperaba salir con vida de aquel viaje, pero aunque no saliera vivo de aquella, esperaba que aquel saquito con tierra, tierra de su casa, lo uniera a su hogar antes de dejarlo para siempre.

Se quitó el sudor de su frente con la mano. La sangre reseca había formado una especie de costra por donde se deslizaba.

Por un momento se permitió acordarse de su familia, a la que no volvería a ver.

De la sangre que corría por sus venas y que correría por las personas que hubieran sido su familia en la casa donde se crió. Pensó en las oportunidades que la vida le había ofrecido, y mientras todos estos pensamientos aparecían sucesivamente en su cabeza, con sus finas manos, cogió un puñado de la tierra que estaba contenida en el saquito. La tierra se le escapaba de entre los dedos y aprovechó eso para esparcirla por la duna en la que tenía las rodillas apoyadas.

La diferencia de color se notaba aun cuando las dos arenas estaban superpuestas, y eso le alegró. Le alegró ver la tierra que había pisado tantas veces en un lugar que, aunque no era su hogar, sería donde reposaría eternamente hasta que la sed, el calor o el hambre lo consumieran.

Se tumbó en la duna y abrió los ojos lentamente, como si tuviera cuidado de que no se le cayera una pestaña cegándose por el brillante sol, disfrutando de la última vez que lo vería, bello, resplandeciente, sobre la tierra en la que había crecido.

Beatriz Gómez Moyano
HOGAR

Áridas tierras corren a lo largo del camino, con pedacitos de arena que se desmoronan a la mínima vibración. Complejidad de aspectos a kilómetros; pasos lánguidos, pasos eufóricos, pasos que cuentan historias a montón. Con un desliz de la yema del rapaz, polvo se levanta de la suave superficie, y al comentario, se le ordena adecentar la mesa; al son de un canto, el chiquillo patina la tela con rapidez, dejando atrás fulgor y claridad de lo que antes era velado cristal.

El chico marcha, aún tarareando la cantinela que su madre había puesto en la desusada radio. Sus pies calzados danzan en la tierra; tierra origen de generaciones y generaciones, tierra madre de cada ser que transita por sus caminos. Ante una valla éste para, su voz avisa al grupo de personas que trabajan el terreno, ellos responden casi de inmediato; sueltan sus aperos, estos atizan el agro. Andan hacia la valla donde el chico se reposaba, finalmente, cruzándola. Sus diálogos se entrelazan entre ellos, palabras tropezando con otras; pero sin importar el obvio caos, éstas parecen encajar perfectamente.

Vuelta la mesa, la canción comienza a fundirse junto al céfiro que sopla, ligeramente alzando las ropas del niño y los trabajadores, que ahora se desperdigaban en la pequeña plazoleta. De las puertas de la caduca casa, salen mujeres, repletas de júbilo, cantando al son de la melodía que sonaba de fondo. Tras ellas, andan un grupo de revoltosos niños, saltando y correteando junto a las señoras, enseguida siendo escoltados. Los trabajadores emergen de las mismas puertas, esta vez con un vestir diferente; grisáceo y sedoso al tacto.

Todos se sientan alrededor de la mesa. Platos pintan la superficie, todos repletos de apetitosos alimentos. Tras asegurar el sitio de todos, una mujer se alza, esta aparenta longeva. Sus manos se extienden frente a ellos, quienes ahora se puede decir, que forman una familia. Adquiriendo la completa atención, ella reza junto a ellos.

«Dios bendito, el día de hoy te agradezco la oportunidad que me diste por el hecho de que hoy tenga algo que comer, gracias por no olvidarte de mí o de mi familia. Que la gloria y honra sean siempre para usted.»

Concluyendo con sus palabras, procede a sentarse. Con su cabeza ella asiente, y manos comienzan a estirarse hacia los delicados platos. Los diálogos despiertan una vez más sobre ellos, aunque caótico sean, crean su propia perfección, una perfección que describe el delicado cariño que abarca la mesa, que abarca la familia. Dicha familia que procede y reside en el longevo hogar. Las horas pasan, ahora sobre la mesa solo perduran las señoras, éstas conversan, temas múltiples; la vendimia, la siega... Las cantinelas continúan, palabras tiernas y sosegadas, acompañadas de cadencias melancólicas. Los chiquillos recorren las anchas parcelas de piedra, sus pies descalzos topan con el helado granito, pero sonrisas siguen propagándose, risas como claveles floreciendo en primavera, la imparable hermosura del jolgorio de un chiquillo.

Montaña I. Guerrero Puerto

RECUERDOS

La primera cosa que recuerdo es el canto del gallo. El latoso animal empezaba a cacarear a las siete de la mañana. Ese sonido era como el pistoletazo de salida para mis abuelos. A partir de ese momento la casa volvía a estar llena después de la silenciosa noche.

Yo intentaba dormir un poco más pero el estruendo que se formaba a esa hora me lo impedía. Porque no sólo empezaban a trabajar mis abuelos sino que todos los animales del cortijo se agitaban.

Mi abuela no tardaba mucho en venir a verme. Me hacía cosquillas y me daba besos en el abdomen.

Mientras me vestía, me llegaba desde la cocina el olor a churros recién hechos.

Terminaba de ponerme la camiseta y salía corriendo hacía la cocina. Nada más entrar podía ver un enorme plato de porras encima de la mesa y a mi abuela preparando café (Cola Cao para mí) mientras mi abuelo leía el periódico sentado.

Encima de la mesa quedaban los restos de lo que había sido el desayuno de mi abuelo: dos tostadas con cachuela y un café. Él siempre desayunaba antes para irse a trabajar fuera.

Mi boca empezaba a salivar por el delicioso olor del desayuno pero siempre esperaba a mi abuela para empezar a comer al mismo tiempo. Ella me miraba sonriendo mientras comía con deseo y a veces le devolvía la sonrisa. Esos eran los mejores desayunos.

Cuando terminaba volvía a la habitación para hacer la cama y coger algo a lo que dedicarme en la mañana. Algunos días cogía un libro para leer, mi favorito era El Principito. Otros me dedicaba a dibujar o a rellenar un libro de colorear que me habían traído mis padres. A veces ayudaba a mi abuelo con su pequeño huerto o alimentaba a los animales.

Después de la merienda todos nos dormíamos un rato mientras mirábamos la televisión. Más tarde solía ir con mi abuelo a recoger castañas a un castaño que teníamos en una de las esquinas de la finca. Yo recogía las que no tenían cáscara a la vez que él recogía las que tenían cáscara con un guantes.

Cuando creíamos que teníamos suficientes, volvíamos a casa y mi abuela asaba unas cuantas en la chimenea mientras yo elegía una película para ver. Nos sentábamos todos y comíamos castañas asadas mientras observábamos la televisión.

Llegada la noche, mi abuela iba a hacer la cena mientras mi abuelo y yo ponemos la mesa. Después de cenar volvimos al sofá hasta que mi abuela me decía que ya era la hora de irse a dormir.

Extraño tanto esos días.

Las lágrimas empiezan a brotar de mis ojos. Se me nubla la vista. Saco un pañuelo del bolsillo. Me limpio los ojos y me sueno la nariz para poder seguir viendo como el albañil coloca los últimos ladrillos que tapan el ataúd de mi abuela. La última vez que los podré ver. Debajo descansa mi abuelo, que murió un año antes. Ahora están juntos.



Sonia Montero López
SIN TÍTULO

Eugenia Sánchez Montes nació el 23 de enero de 1998 en un pequeño pueblo de la provincia de Cáceres llamado Hervás. Ese día fue muy emocionante y memorable para todos los habitantes del pueblo ya que era el primer nacimiento de aquel nuevo año allí.

Ella pertenecía a la familia más pudiente y querida de aquel lugar. Su madre, Pepa Montes, y su padre, Eugenio Sanchez, eran dos personas que pese al dinero que poseían por su conocida empresa de zapatos, eran capaces de dar y ayudar en todo lo que se les viniera por delante sin recibir nada a cambio.

A medida que los años fueron pasando Eugenia se convirtió en una mujercita. Lo que más le caracterizaba era su enorme y bonita sonrisa, y su verdadero amor por el campo y por la tierra de aquel poblado.

Sin duda uno de sus mayores pilares era Constanza, una vecina de unos 40 años de edad que habitaba allí. Esta se había convertido en su segunda madre ya que sus padres cada 2 meses se desplazaban a la ciudad de Sevilla durante unas semanas por temas de trabajo.

El 21 de enero de 2015, a tan solo dos días de su decimoctavo cumpleaños, le llega la noticia a través de su querida Constanza, que sus padres en el viaje de Sevilla a Hervás han sufrido un grave accidente y han fallecido en el acto. Durante unos meses el lugar de refugio de Eugenia era el campo.

Se pasaba horas y horas caminando o tumbada sobre la tierra pensando y recapacitando. En esos momentos se sentía libre. Era capaz de olvidarse de todo y vivir únicamente el presente. Ella se convirtió en una mujer muy fuerte y segura de sí misma.

En septiembre del año siguiente decidió mudarse a la capital, Madrid, para estudiar empresariales y continuar con la empresa de sus difuntos padres.

Sin embargo, pese a los 3 años que residió en la residencia de la universidad, decidió de nuevo volver a su pueblo y pensar porque no le llenaba nada de lo que hacía allí.

Meses después descubrió que donde debía estar era aquel entrañable pueblo de tan sólo 4.000 habitantes, donde había vivido tanto buenos y malos momentos alrededor de los que más le querían desde que nació.

Allí comprendió que su verdadera vocación era el trabajo del campo y de la tierra, que tantos años llevaba haciéndolo y no se había dado cuenta todavía.

A partir de ese día Eugenia fue la persona más feliz.



Patricia Ruth Krassowski Barco
MI NUEVA TIERRA

«Me voy a mudar» eso es lo único que salió de mis labios al ver a mis amigas, ya no hablaba mi boca, sino mis ojos. Ese era el día que cambió mi vida.

Todo empezó cuando mis padres vinieron a mi habitación para contarme que íbamos a empezar un nuevo capítulo en nuestra vida y ese no sería en Alemania, donde estaban mis amigos, mi tierra y mi hogar. He pasado toda mi vida en Alemania y ahí me sentía bien, pero el nuevo capítulo de mi vida iba a empezar en España, en Extremadura, mi nueva tierra.

Yo no respondí porque sabía que no iba a cambiar nada aunque mucho lo intentara. Todo estaba ya planeado. Al día siguiente de que mis padres me anunciaran la mudanza, se lo conté a mis amigas, todas pensaban que era una broma. Cuando mi profesor me preguntó que cuándo me iba a mudar, mis amigas también me miraban interesadas, entonces yo susurré «en dos semanas». «¡En dos semanas!» gritó mi amiga «¡Cómo que en dos semanas!», «¡Pati, dime que es una broma!», «¡No me hace gracia!» eso lo repetía una y otra vez porque yo no contestaba.

Estábamos tan preocupadas y tristes que la semana pasó muy rápida. Ya solamente nos quedaban siete días juntas y sabíamos que no podíamos seguir deprimidas sino que teníamos que disfrutar del tiempo que nos faltaba para separarnos definitivamente. Decidimos hacer todo lo que queríamos hacer juntas desde que nos conocimos, sin embargo solo teníamos una semana para hacerlo.

Nos lo pasábamos súper bien aunque dejamos el instituto un poco de lado, pero nuestros profesores nos apoyaban en todo ya que comprendieron nuestra situación. Durante esos días, mis amigas y yo escuchábamos una canción sin parar porque explicaba perfectamente nuestros sentimientos.

Pero el tiempo no era infinito, así que llegó mi último día; estábamos en clase de Biología, yo estaba con los pensamientos en la mudanza cuando escuché la canción, nuestra canción, por todos los altavoces del instituto. Miré asustada para arriba y vi que mi clase estaba delante de mí intentando cantar la canción, a pesar de que muchos ni siquiera la conocían. Lloramos mucho, pero también nos hemos reído un montón recordando todas las momentos que habíamos pasado juntos.

Me fui con un ojo llorando y con el otro sonriendo. Sabía que aunque mis amigas ahora estaban a más de dos mil kilómetros siempre estarían ahí para cualquier cosa.



Miguel Pallero Molano
EL LUGAR QUE ME VIO NACER

En la soledad del entorno, se dirigía a su casa con una hoz en la mano, caminando por una estrecha vereda. Venía cansada, pues era tarde y llevaba todo el día segando en las tierras de un adinerado marqués y cuidando a sus animales. El sol se escondía detrás de la sierra y a lo lejos vio una pequeña figura que se dirigía hacia ella, entre la oscuridad y la rapidez de dicha figura, no distinguía bien lo que era. Al acercarse vio que era su perro, su fiel compañero de vida. Eso significaba que estaba cerca de su casa, pasado el regocijo del reencuentro continuaron por la estrecha senda. El can corría hacia todos los sitios posibles. Por suerte cuando oscureció por completo estaban a unos escasos metros de su casa, la cual era muy acogedora ya que estaba hecha de madera y lucía unos hermosos óleos en las paredes. Fue su padre quien la construyó antes de marchar a la guerra. La chimenea estaba con las cenizas del día anterior. Mercedes no tenía frío, solo quería dormir. Esa noche, como muchas otras, tuvo que quedarse sin cenar, pero eso no le preocupaba debido a que al día siguiente su señor le daría unas pesetas con las que sobreviviría el resto del mes. Con el sonido del viento cayó completamente dormida.

Al día siguiente se encontró con su señor, le pagó y ella se dirigió a la tahona del pueblo más cercano, compró algo de pan y un trozo de bizcocho hecho por Dolores, la dueña del establecimiento. Eran buenas amigas por lo que la panadera la invitó a comer, ella tenía cierto poder adquisitivo y se podía permitir un plato más a la mesa por un día. Cuando llegó a su casa se alegró de no tener que ir a la finca del marqués, ya había adelantado trabajo por la mañana y decidió ir a pasear por el campo, perdiéndose por el bosque de la Sierra de San Pedro. Mercedes adoraba su tierra, nació allí y vivió durante gran parte de su vida en la cabaña que tan buenos recuerdos le había dado. Su padre trabajaba en una finca y cuando le avisaron de que iría a la guerra, dejó a su hija trabajando en dicho terreno, el señor no estaba contento de dejar las tierras en manos de una mujer, pero no tuvo más remedio que hacerlo. A Mercedes le encantaba conocer la flora y fauna de su entorno, según iba caminando entre encinas y algún que otro alcornoque, iba recitando en su cabeza todos los nombres de animales y plantas que encontraba en su camino, ella era feliz, aunque no tenía mucho dinero, trabajando en el campo y estando con animales día a día, era su pasión, la cual se solapaba con su otra obsesión, el lugar que la vio nacer: Extremadura.

Yolanda Pérez Sánchez
ORIGEN

Inspira. Espira.

–Y el ganador es...– Oía a lo lejos intrigado mas abismado, sin concentrarme en un pensamiento en específico.

Me acordé entonces de las bellas y sinceras palabras de mi difunto padre, las recuerdo perfectamente. Fue un día de primavera del año en que cumpliría los 18 y me marcharía de mi hogar, ese colosal campo en el que cultivaba junto a mis seres queridos.

Nunca pensé que tras mi ida todo se vendría abajo y de haberlo sabido lo hubiese evitado.

El desasosiego hunde mi pecho al pensar en su voz, voz que pronunció unas palabras tan sapientísimas como él : «Y recuerda cuando estés en lo más alto dónde creciste y con quién te criaste, recuerda tu origen hijo, este pueblucho de Extremadura siempre te recibirá con los brazos abiertos.» En ese entonces no lo comprendía pero una vez lejos de mi tierra sentí un enorme vacío incapaz de evaporarse de mi cuerpo.

Una ola de aplausos y felicitaciones me sacó de mi más profundo interior y me devolvió a la realidad. Estaba tan absorto que olvidé por completo dónde estaba y qué estaba haciendo.

–Enhorabuena– me repitió mi más querido compañero.

Tras una larga aclamación del público llena de felicitaciones y halagos comprendí que se dirigían a mi, yo había ganado el prestigiado premio. Volvería al pueblo y a esas sencillas mañanas. Todo volvería a ser como antes, todo excepto mi padre, a él le agradezco todo esto, fue él el que me inculcó el hermoso arte de la composición de exquisitas obras literarias y fue él también por el que empecé a vivir esta vida, para honrarle, cumplir su deseo y conseguir la satisfacción de ser llamado escritor.

Al fin y al cabo lo que más puede llegar a destrozar a alguien en la vida es la mismísima muerte y ella misma se presentó aquella noche en forma de fuego y me arrebató todo cuanto tenía. Ahora ya solo me queda una opción: reconstruirlo de nuevo.

Jamás me olvidaré de ti, de tu habla o de esa frase que retumba en mi interior. Haré lo que me dijiste y no caerá en el olvido mi origen y lo más importante, tú, papá.

Carla Rey Díaz
CRÓNICA DE UN CHICO NORMAL

Ustedes no me conocen, así que dejaré aquí unas breves notas para que puedan acercarse a mí. Eso sí, no se molesten en emitir juicios. Decía mi querido abuelo Simón que cavilar en exceso aumentaba el hambre y no hay dicho propósito en las siguientes líneas.

Me llamo Miguel Benavides. Tengo doce años y no soy ni bajo ni alto, ni gordo ni flaco, ni guapo ni feo. Supongo que soy un chico normal, de esos que pasan desapercibidos por no destacar en absolutamente nada. Una vez me dijo mi tía Ana, hermana mayor de mi mamá, que tenía un gran don para rascar la barriguita de Moli, el gato persa de la familia. Moli era un minino agradable, quizá demasiado tranquilo para su edad. Le encantaba que le acariciara la barriga hasta quedarse plácidamente dormido. Ese es mi único don, algo demasiado vacío y frívolo como para darle categoría de «don», *rara avis* en un entorno donde de repente todos los individuos son especiales, poseedores del don de la «identidad», de grandes emociones cuasi divinas que trascienden el propio ser. Como si de repente a todos se les hubiera desprendido el cuerpo del alma, como si tal cosa pudiera producirse de veras. Creo que aún soy demasiado pequeño para comprenderlo. Soy un chico normal, ni bajo ni alto, ni gordo ni flaco, ni guapo ni feo. Soy Miguel Benavides.

Mi día preferido para pasear es el domingo. En invierno las calles suelen estar desiertas y el aroma a castañas asadas impregna las calles del centro de la ciudad. Los adoquines, algunos desprendidos del suelo, empapan mis viejos zapatos de domingo desgastados de tanto caminar. La Alameda principal parece un río de plata tras la llovizna de la madrugada que amanece cubierta por un fino manto de hojas secas de color ocre. El ronroneo de un gato callejero, el vendedor de ajos de la esquina, la algarabía de media docena de adolescentes y el repicar de las campanas de la iglesia en la plaza de San Juan. La majestuosa y pequeña estatua de doña Leoncia Gómez parece esperar mi llegada. ¡Doña Leoncia, si soy un chico normal! Ni bajo ni alto. Ni gordo ni flaco. Ni guapo ni feo. ¡Solo soy Miguel Benavides!

A media mañana, justo a la hora en la que los practicantes devotos apuran el vermut, me siento a descansar a los pies de las palmeras. Son gigantes a mi lado y me abruman su presencia; siempre pienso que una fuerte ráfaga de viento podría doblegar la inmensidad de esas figuras en forma de uve hasta hacerme yacer bajo una tonelada de ramas muertas. Nadie me buscaría y Moli encontraría un nuevo rascador de barrigas de gatos. Al fin y al cabo, solo soy Miguel Benavides: ni bajo ni alto, ni gordo ni flaco, ni guapo ni feo. Y, por si no lo sabían, mi ciudad natal se llama Cáceres.

María Rubio Emeterio
SANTIAGO CASTELO

Santiago Castelo, extremeño de pura cepa, escritor empedernido y seguro que un ávido lector.

Ya desde su cuna, sita en Granja de Torrehermosa, se empezó a enamorar de su tierra, de ésta nuestra tierra, Extremadura. De su cultura arraigada en sus gentes, de su vasta vegetación y extensa dehesa extremeña, llena de alcornoques y encinas, de olivos y cerezos en flor, llena de intensos colores y cielos azules, rosas, malvas y de un amarillo deslumbrante durante sus interminables días de verano.

Seguro que en las alforjas de su alma llevaba grabados a fuego sus olores, a leña de encina quemada en los fríos inviernos y a flores silvestres en primavera. Sus sonidos, con cantos de perdices en la época de caza y con los bramidos de la berrea del ciervo en sus montes, y qué decir tiene, del constante crotoneo de las cigüeñas con sus nidos en las torres más altas extremeñas.

Extremadura, tierra de conquistadores, a cuántos hijos has visto partir con pena, por tener que dejar su tierra en aras de un futuro mejor. Corazones que laten como cal hirviendo desde la lejanía de su tierra, al no tener las comunicaciones, industria ni demás infraestructuras, que hubieran permitido a sus hijos permanecer en éste, su cálido hogar.

Pero, cuando se ama de verdad, y Extremadura tiene miles de enamorados hijos emigrantes, la tierra se lleva en la sangre, en el pecho, en la carne y hasta en la lengua, que no puede parar de hablar de las bondades de ésta, también mi tierra. De lo rico que me sabe el jamón ibérico de pata negra y la patatera de la matanza de mi pueblo, del cochinillo frito y de las migas extremeñas del pastor, de las bollas de chicharrones y de las floretas, y hasta del pan de hogaza.

Y ni que decir tiene de esta pluma, de José Miguel, como le llamaban cariñosamente en su pueblo, que, con sus escritos en prosa y verso, llevaba años llevando a Extremadura a los corazones del mundo entero, de esta época y de las venideras, porque la letra nunca muere, es imperecedera, y más si se escribe de algo tan grande como lo es nuestra tierra, Extremadura.

Andrea Tejada Gómez A MI MANERA

La mano es tierra. Mis manos y cada parte de mí se conjugan con la tierra que me vio nacer vivir y morir. En un sólo verso, en cuatro sencillas palabras, uno mi vida, mi alma a mi Extremadura querida.

...Y tierra abierta al corazón que late. Terruño nuestro esperando cada suspiro de mi corazón, que vive por y para mi tierra, sus gentes, sus pueblos, campos, encinas, alcornoques... Tierra de celtas, tartesos, lusitanos, romanos, árabes..., que nos dejaron sus vestigios, su cultura, su sangre, cuya mezcla conformaron nuestra historia y nuestra gente.

Tierra es la sangre. Sangre y sudor que regaron nuestra tierra a lo largo de la historia; sangre y sudor derramados por los extremeños para defenderla; sangre y sudor de cada jornalero labrarla, recoger sus frutos y volver a selabrarla.

...Y en el rincón callado del pecho hay tierra hay tierra como cal hirviente. Y lleno de humildad, en silencio, pasando desapercibido, nuestro pueblo «tira pa'lante», siempre trabajando, siempre luchando, aunque a veces despreciado y otras luchando, aunque a veces despreciado y otras olvidado.

Tierra la carne hecha de polvo fiel de Extremadura. Polvo fiel de una tierra, la extremeña, fiel como sus gentes, fieles y leales a su pasado y a sus gentes, fieles y leales a su pasado y a su historia, a su «nacencia», a su «castúo», a su historia, a su «jacha», «jigo» y «jiguera», a su manera.

Leal a su virgen de Guadalupe, fiel a su bandera «Verde, Blanca» y «Verde, Blanca».

En la alforja del alma, firme y dura, llevo un trozo de tierra enamorada, para siempre saber cómo es mi cuna.

Siempre dentro de mí, llevo guardado un pedazo de mi pueblo, de su «Torre Hermosa», de mi vasta Extremadura, para poder presumir de ella allá donde vaya; sentirme orgulloso de lo nuestro, nuestras ciudades, pueblos, ríos y montañas, los más bellos de España.

Orgullo de Cáceres, Badajoz, Mérida, Trujillo, Zafra... y tantos otros. Las Hurdes, el Jerte, la Vera, Monfragüe, la Siberia, la Campiña, la Serena... Orgullo de Pizarro, Cortés, Valdivia, Orellana... conquistadores que llevaron mi tierra por bandera, allí donde llegaban.

(Cada verso de Santiago Castelo es un derroche de nostalgia y amor por su tierra, que estuvo presente en cada minuto de su vida, y hasta en su camposanto rezan palabras dedicadas a ella)

**«Nube, sierra, campo, vida, sueño,
cuando acabe todo aquí está mi suerte»**



HOY

DIARIO DE EXTREMADURA

BBVA

Creando Oportunidades